

31. Salvados por Su Vida

E. J. Waggoner

La muerte de Cristo reconcilia a Dios al pecador creyente. Los hombres son por naturaleza enemigos de Dios, y esta enemistad consiste en la falta de sujeción a Su ley. (Romanos 8:7). La ley de Dios es Su vida, y Su vida es paz. Por lo tanto, Cristo es nuestra Paz, porque en Él somos hechos la justicia de Dios, o, en otras palabras, somos conformados a la vida de Dios. Al entregar Su vida, Cristo se la da a todo aquel que la acepte. Aquellos que la aceptan, de modo que pueden decir: “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;*” son reconciliados con Dios, porque tienen la misma vida. Simplemente han hecho un intercambio, entregando su vida a Cristo y tomando Su vida en su lugar.

Cuando Cristo se entrega a un hombre, le da la totalidad de Su vida. Cada individuo que cree recibe la totalidad de Cristo. Recibe Su vida como infante, como niño, como joven y como hombre maduro. El hombre que reconoce que toda su vida no ha sido más que pecado, y que voluntariamente la entrega por causa de Cristo, realiza un intercambio completo, y tiene la vida de Cristo desde la infancia hasta la edad adulta, en lugar de la suya propia. Así, necesariamente debe ser contado justo delante de Dios. Es justificado, no porque Dios haya consentido en ignorar su pecado debido a su fe, sino porque Dios lo ha hecho un hombre justo —un hacedor de la ley— al darle Su propia vida justa.

Que el perdón de los pecados se obtiene al recibir la vida de Cristo en lugar de la vida pecaminosa, se muestra en la declaración concerniente a Cristo, de que «tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.» (Colosenses 1:14, RVR1960). «Es la sangre lo que hace expiación por el alma», «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.» (Levítico 17:11, RVR1960). Así que tenemos la redención por la sangre de Cristo, somos reconciliados con Dios por Su muerte, porque en Su muerte Él nos da Su vida.

El recibir esa vida por fe nos hace estar delante de Dios como si nunca hubiéramos pecado. La ley nos escudriña y no puede encontrar nada malo, porque nuestra vieja vida se ha ido, y la vida que ahora tenemos —la vida de Cristo— nunca ha hecho nada malo. Pero, ¿qué hay del futuro? Así como hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, así ahora

hemos de ser salvados por esa vida que Él nos dio en Su muerte. ¿Cómo hemos de retener esa vida? Tal como la recibimos. «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960). ¿Cómo lo recibimos? Por fe. Por lo tanto, hemos de retener Su vida por fe, *“porque el justo por la fe vivirá.”* La fe en Cristo provee vida espiritual tan seguramente como el comer alimento nutritivo provee vida física. El Salvador nos dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.» (Juan 6:54-55, RVR1960). Comemos Su carne al alimentarnos de Su palabra (versículo 63), porque está escrito que el hombre vivirá *“de toda palabra que sale de la boca de Dios.”*

Salvados por Su vida. ¿Cuál será la naturaleza de esa vida? Será sin pecado, «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.» (1 Juan 3:5, RVR1960). «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.» (1 Juan 3:4, RVR1960). Por lo tanto, esa vida será la justicia de la ley. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8), y así la vida que Él vivirá en nosotros ahora será la misma vida que vivió cuando estuvo en esta tierra hace mil ochocientos años. Él vino aquí para ofrecer un ejemplo completo a los hombres de la vida de Dios.

Cualquier cosa que Él hizo entonces, la hará ahora en aquellos que lo aceptan, y cualquier cosa que Él no hizo no puede ser hecha por aquellos que reciben plenamente Su vida. Notemos algunos de los detalles de la conformidad de Su vida a la ley de Dios.

Para empezar con el décimo mandamiento: *“No codiciarás.”* Tan lejos estuvo Jesús de manifestar cualquier rastro de codicia, que ni siquiera insistió en tener las cosas que le pertenecían. Él, «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:6, 7, lectura marginal de la Versión Revisada). Por lo tanto, aquel en quien Cristo mora no codiciará lo que no es suyo, y ni siquiera insistirá en tener siempre sus *“derechos.”* El amor, que es el cumplimiento de la ley, *“no busca lo suyo.”*

Tomemos el noveno mandamiento. Nada más necesita decirse sino que Él es «el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto:» (Apocalipsis 3:14, RVR1960). Él «el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca;» (1 Pedro 2:22,

RVR1960). Aquellos en quienes Cristo mora dirán la verdad, y se caracterizarán por “*el amor de la verdad.*”

En cuanto al octavo mandamiento, el cumplimiento de este por parte de Cristo está suficientemente indicado en la referencia al décimo. Aquel que voluntariamente daría lo que era Suyo estaría lo más lejos posible de tomar lo que era de otro. Toda Su vida fue de entrega. Él fue rico y se hizo pobre para que otros pudieran ser enriquecidos.

Cristo pudo decir: «Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis.» (Juan 14:29, RVR1960). Por lo tanto, no había el menor rastro de impureza en Él. Él no conoció pecado. PTUK October 6, 1892, p. 308.12

Su vida fue la perfección del sexto mandamiento. Él dijo: «porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.» (Lucas 9:56, RVR1960). «Cómo Dios ungíó con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.» (Hechos 10:38, RVR1960). Él vino a abolir la muerte y a sacar a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio (2 Timoteo 1:10). Así, Él vivirá una vida de amor y buena voluntad hacia todos los hombres, en el alma de todo aquel que le reciba. No habrá ira, ni contienda, ni celos, ni envidia, en la vida de aquellos cuya vida es la de Cristo.

No puede haber idolatría en aquellos en quienes Cristo mora, porque cuando fue tentado por el diablo, lo resistió con las palabras: «Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.» (Lucas 4:8, RVR1960). En lugar de tener otros dioses antes del Único Dios, Su alimento era hacer la voluntad de Su Padre que está en el cielo (Juan 4:34).

Aquellos en quienes Cristo vive Su propia vida reverenciarán a los ancianos y serán obedientes a los padres. Aunque Jesús fue hallado por Sus padres sentado en el templo con los doctores, preguntando y respondiendo, y asombrando a los hombres sabios con Su sabiduría, no se consideró por encima de la obediencia a los padres. «Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.» (Lucas 2:51, RVR1960).

¿Y qué del cuarto mandamiento? «Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.» (Lucas 4:16,

RVR1960). Él reconoció la ley del Sábado, diciendo: «Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo.» (Mateo 12:12, RVR1960). Él se llamó a sí mismo Señor del día de reposo, porque Él lo hizo. Él nunca guardó un domingo. Por lo tanto, no hay observancia del domingo en Su vida para dar a aquellos que creen en Él. Su vida solo puede impartir la observancia del día de reposo. Como Él guardó el Sábado cuando estuvo en esta tierra, así Él debe guardarla ahora en aquellos en quienes Él vive. Porque Él no cambia. Él es “*el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.*” Cuando estuvo en esta tierra, vivió la misma vida que vivió en el cielo antes de venir a la tierra, y Él vive la misma vida ahora que entonces.

Hay multitudes que aman al Señor, que todavía no saben que la observancia del domingo no es parte de Su vida, y consecuentemente aún no se han sometido a Él en este aspecto. Pero a medida que crezcan en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, aprenderán que la observancia del Sábado —el séptimo día— es tan parte de la vida de Cristo como lo es la obediencia a los padres o decir la verdad, y le permitirán vivir este precepto en ellos también. A medida que permitimos que Cristo more en nosotros en Su plenitud, nos convertimos en hijos de Dios, porque es la vida de Cristo la que vivimos; y el Padre se complacerá con nosotros tal como lo estuvo con Su Hijo unigénito.

PT, October 6, 1892